

Toru: la magia de lo cotidiano

Toru sintió el viento rozar su rostro. Percibía que el aire había cambiado, le pesaba y le dolía, nada era lo mismo y lo sabía. La certeza de que las cosas eran diferentes le rondaba la cabeza y no lo dejaba avanzar. Sentía que sus pies no podían moverse. Por más que lo intentaba, una fuerza extraña lo atraía a quedarse allí: en el pórtico por el cual había cruzado la última vez. Sin pensarlo, se dirigiría al único final que jamás pensó que llegaría. Ella se había ido y no volvería.

Cuando por fin logró dar un paso, un rayo de sol lo deslumbró y pensó: “en esta época del año no debería haber sol, al menos, no todavía”. Una de las principales razones por las cuales decidió salir, era debido a que encontraría un día nublado, tal vez, lluvioso. Justo cuando dudaba en dar el siguiente paso llegó otro destello inesperado directamente a su ojo derecho. Finalmente, Toru volteó para buscar de dónde venía la luz. Se encontró sorprendido al darse cuenta de que se trataba de un único rayo de sol filtrándose a través de las hojas de un árbol. Esa calidez diminuta lo obligó a cerrar los ojos y buscar situar el destello en su mejilla, después en sus labios hasta llegar a su cuello; fue como si el sol, las hojas y el viento supieran que hacía mucho no coincidía con ellos.

Después de un par de meses, era la primera vez que salía de su habitación; aquel lugar que se convirtió en un espacio único en el que todo estaba bien. Allí dentro, nada había sucedido, y mientras permaneciera ahí, el tiempo no pasaría, todo seguiría igual. Sin darse cuenta había caminado al menos dos cuadras, alejándose, poco a poco del único lugar donde se sintió seguro por mucho tiempo. De pronto, comenzó a llover.

Toru siempre vestía de amarillo; pensaba que, por el simple hecho de utilizar ese llamativo color, al menos, una persona sonreiría al verlo. Tenía en mente lo que le solía decir su abuelo “el que de amarillo se viste, en su belleza confía”. ¿Sería que Toru confiaba mucho en su belleza? o, más bien, sentía esa necesidad cotidiana de traer calidez a todo lugar al que iba. En ocasiones, pensaba que siempre que se pareciera al sol podía brindar la misma sensación a aquellas personas con las que se cruzaba día a día.

En el pasaje que llevaba al metro, todos los días se encontraba con una señora de mediana edad con quien una vez por semana, intercambiaba un libro. Cada uno lo leía y en cuanto ambos lo terminaban, se encontraban en una cafetería cercana que aunque tenía un estilo algo sombrío, la barista siempre hacía que el ambiente se sintiera similar a un jardín en primavera. Nunca faltaban las flores en la entrada y ese olor a sifón japonés recién hecho. Considerando que era el método de extracción favorito de Toru, eso lo hacía sentir feliz en cuanto abría la puerta.

Aquellos días de libros y conversaciones profundas crearon un vínculo inesperado pero necesario en la vida de Toru. Incluso, compartían de vez en vez secretos de realidades alternas y viajes en el tiempo. Esa amistad había surgido por la curiosidad que despertó en la señora ver a Toru vestido con diferentes prendas, pero siempre del mismo color, y claro, siempre con un libro en la mano. No había tardado mucho en detenerlo en el pasaje para conocerle. Ella jamás se quedaba con las ganas de nada por lo que no sería la primera vez que le preguntara a un extraño cuál era su nombre y qué libro llevaba consigo. La respuesta de Toru le produjo un asombro que hacía mucho tiempo no experimentaba: ambos leían el mismo libro.

El día que decidió salir de su habitación solitaria, Toru había terminado el libro prestado que hacía meses tenía guardado en un estante en su habitación. Después de tanto tiempo necesitaba caminar por el pasaje, probar ese café y ver las flores. Aunque sabía que todo sería distinto, no quería dejar pasar la posibilidad de saborear, aunque fuera por un instante, lo que alguna vez había sido.

Estaba a punto de llegar a la cafetería cuando la lluvia desató un estruendo que aunque parecía familiar, distrajo a Toru de su camino para hacerlo quedarse inmóvil por dos semáforos seguidos. Del otro lado de la acera se veía a través del vidrio una mujer vestida de un rojo intenso bebiendo una taza de café. Verla le hizo recordar ese libro de antaño con el que todo comenzó, el libro que ambos leían cuando se conocieron. Recordaba las ganas que tenía la señora del pasaje de parecerse a aquel personaje principal que portaba una gabardina roja. Tenía tiempo que Toru no experimentaba esa templanza que transmitía aquella mujer. El impacto de saber que

tal vez sería un estado de ánimo que jamás volvería a tener lo hizo permanecer bajo la lluvia por largos minutos. En seguida pensó “quisiera desaparecer”.

De pronto las gotas de lluvia tomaron una consistencia extraña, un tanto viscosa mientras caían una a una sobre el cabello lacio de Toru hasta llegar a sus manos. Al mirarlas parecía que podía ver a través de ellas, era como si se trasladara a un campo donde creía sentir el calor del sol en sus manos. Toru suspiró y poco a poco dirigió su dedo índice a una de las gotas que estaba a punto de caer y la tocó.

De repente un conjunto de sensaciones físicas empezaron a suceder. El cuerpo, la materia de Toru comenzó a desmoronarse, parecía que se disolvía en el agua, se volvía parte de ella y adquiriría su misma consistencia. Toru no podía controlarlo, sus extremidades se convirtieron en una masa acuosa y aún no descubría cómo moverse.

En un parpadeo, Toru se encontraba en ese lugar que había visto reflejado a través de las gotas, en ese campo lleno de tranquilidad. En seguida recordó ese hilo de sol que había acariciado su rostro minutos antes. Extrañamente sentía lo mismo que había sentido entonces: una calidez incomparable y una sensación de calma que lo inundaba. Aún sin saber qué estaba pasando, Toru decidió caminar. Sus pasos no hundían el pasto por el que pisaba, era como si flotase sin dañar ni una sola hierba. Por un momento tuvo la sensación de que alguien lo observaba así que miró a su alrededor con detenimiento, pero no había nadie. Se encontraba solo en todo ese pastizal y su respiración era el único sonido que percibía. Continuó su camino sin ruta alguna.

Todo allí era anormal para Toru, era como ver el mundo que existe a través de una pecera en un acuario. El entorno perdía su volumen para expandirse y permanecer en movimiento. Sentía que había estado allí antes. De pronto se percató de que sus pies se dirigían a una ubicación en específico, casi como si su cerebro tuviera un destino al cual ir en ese lugar. La corriente lo movía hacia un sendero lleno de bromelias colgando de los árboles. Cada una de un color distinto, colores que jamás pensó que sus ojos percibirían. El espectro de luz también cambiaba a cada paso que daba y aun cuando todo le era muy familiar, algo le hacía palpitar el corazón.

Enseguida recordó todo. Había estado allí antes con ella en un sueño, donde la señora del pasaje vestía una gabardina carmesí.

Al pasar por la última bromelia del camino, llegó a una puerta color rojo que se encontraba en medio de un cafetal inmenso. Cuando giró la manija, el sonido de un claxon hizo volver a Toru a aquella acera. Empapado, cruzó la calle hasta llegar al café. Al volver la mirada al ventanal en el que se encontraba la señora de rojo, ella ya no estaba. En un minuto había desaparecido de la vista de Toru y su taza había sido recogida, como si en esos dos semáforos hubiera terminado su café aún humeante y se hubiera marchado, sin dejar rastro alguno.

Abrió la puerta y con un sentimiento de pesadez miró hacia arriba. El olor a sifón japonés recién hecho le llenó los ojos de lágrimas y a través de ellas logró ver a lo lejos a la señora vestida de rojo. Esta no parecía estar en la cafetería, más bien era ese reflejo de nuevo. Toru tomó una lágrima en su dedo para asegurarse de lo que estaba viendo y la tocó, justo como había hecho antes con la lluvia. ¿Sería que mediante las gotas de agua podía viajar a otra dimensión?

–Toru, escuchó. Y, enseguida, sus ojos se llenaron de alegría.

No dudó ni un segundo en correr hacia ella, abrazarla, decirle cuánto la había extrañado y cuanta falta le hacía.

–Regresa, le pidió Toru. Aun cuando sabía muy dentro de él que la decisión era totalmente suya, permanecer en esa dimensión extraña con ella sin saber qué le traería el futuro; o regresar a esa realidad a la que ya no pertenecía trayendo consigo soledad y nada más.

En ese momento, se encontró de nuevo en la cafetería.